

Estamos ante una situación límite

Por una reconexión con la naturaleza, con nosotros mismos y con nuestros semejantes



CRISTINA BARROS

Licenciada en Lengua y Literatura Españolas y maestra en Letras por la UNAM. Escritora e investigadora, es una de las máximas especialistas de la cocina tradicional mexicana y de las principales promotoras del proyecto para que la cocina mexicana fuera reconocida como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad. Hija de Javier Barros Sierra y bisnieta de Justo Sierra Méndez. Columnista en diversos diarios y revistas, es también autora, entre otras obras, de *Los libros de la cocina mexicana* y *Justo Sierra siempre joven*. Es integrante de la campaña Sin Maíz no hay País y miembro de la Unión de Científicos Comprometidos con la Sociedad (UCCS). Entre otros reconocimientos, ha recibido la Presea Miguel Othón de Mendizábal, del INAH, y el Molcajete de Plata 2018, de la Academia Mexicana de Gastronomía.



Antes de responder a la pertinente pregunta dual que hoy se nos hace (“¿cómo juzga que cambiará el mundo después de la pandemia del COVID-19, y qué se necesita para enfrentar situaciones tan graves y extremas en un

mundo globalizado cuyos problemas compartimos todos?”), me gustaría empezar compartiendo lo que he reflexionado en estos días sobre la crisis por la que estamos atravesando. Lo hago como habitante de la Ciudad de México, como persona de clase media, que cuenta con un techo, con el abasto suficiente y que tiene la razonable certeza de que después de esto tendrá para vivir. Hay millones de realidades, no pretendo hablar por todas.

Empezaré por mencionar algunas de las que pueden ser consideradas como las metáforas del COVID-19. Por ejemplo, el virus ha abarcado a prácticamente todos los países del mundo y a todas las clases sociales; de manera rotunda hemos tomado conciencia de la unicidad. Un solo planeta, una sola casa que compartimos todos, unas mismas preocupaciones, unas mismas incertidumbres, un mismo dolor. Y así como esto nos une y nos convoca a una forma comunitaria de ser, al mismo tiempo se nos pide estar a distancia, a no saludarnos de mano ni de beso ni de abrazo, lo cual nos lleva a dos posibles



Fotografía de Ashkan Forouzani. Unsplash.

interpretaciones: la invitación a valorar este contacto como antes no lo habíamos hecho, y a reconocer que hay otras maneras en las que puede darse la comunicación, absteniéndonos temporalmente de esos entrañables gestos.

Otro aspecto interesante es que en una era de alta tecnología –tecnología que en nuestra arrogancia hemos casi endiosado– la cura para el COVID-19 requiere de recursos muy sencillos, de paliativos que nos ponen a nivel del piso: paracetamol, bebidas calientes, vitaminas, reposo y ciertas medidas de higiene. Sólo en casos extremos implica la hospitalización y el uso de respiradores.

Hay otras reflexiones a las que nos ha llevado el coronavirus. La mayor parte de éstas se han compartido extensamente en las redes sociales; llegan desde distintos países, pero los mensajes coinciden. En general, señalan que de pronto hemos adquirido mayor conciencia; es como si estuviéramos en un estado de hiperestesia mental que nos hace más sensibles ante el otro. Esto llama la atención porque ya antes, en 2017, la Organización para la Agricultura y

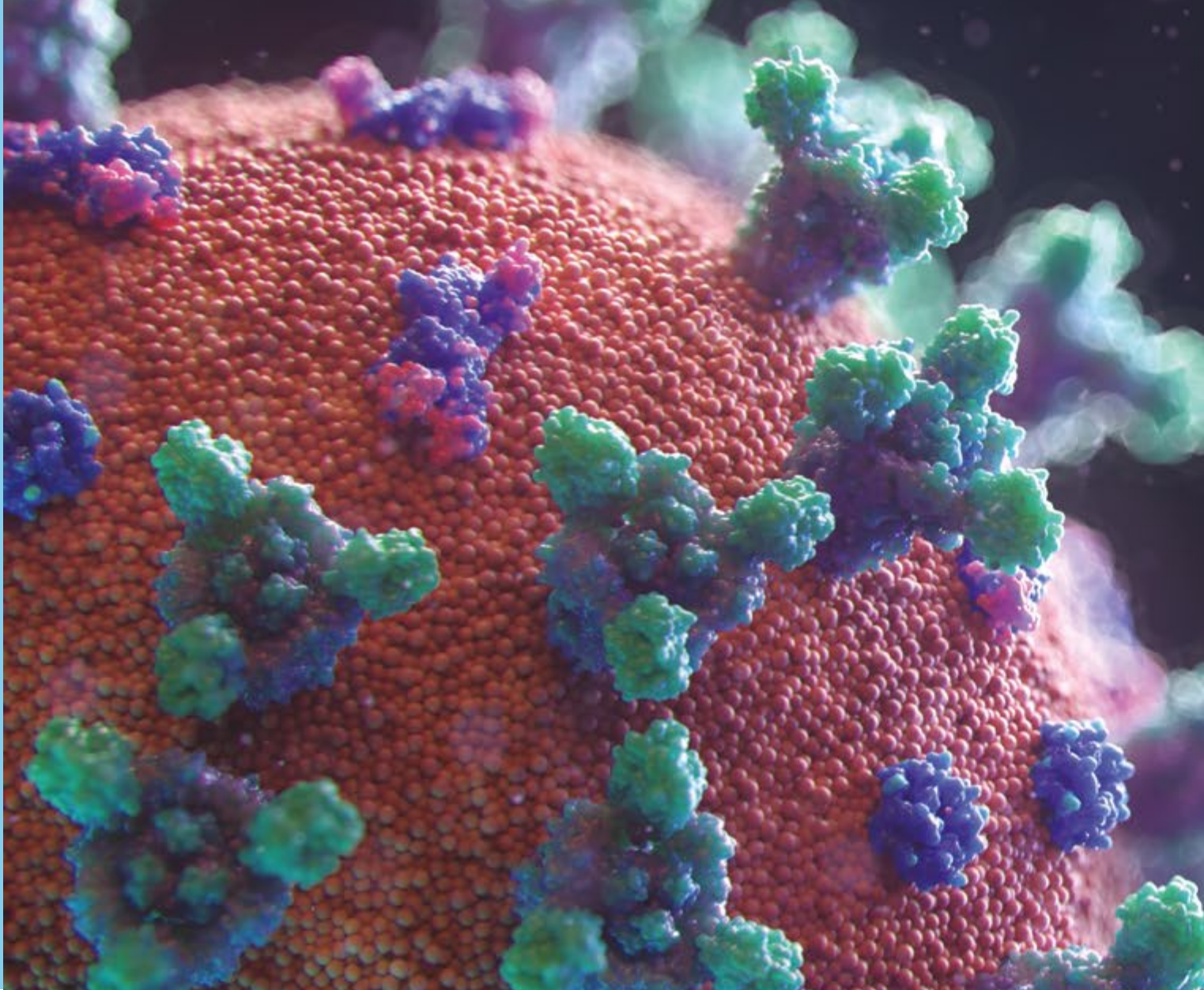
Las clases medias y las clases altas tomaron conciencia de que también a ellas les podía afectar la pandemia.

Pareciera que tendemos a ser insensibles ante lo que “no nos toca”, ante lo que queda lejos en la distancia, en lo social o en el tiempo.

la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) había dado cifras que debieron habernos conmovido también: una de cada nueve personas en el mundo –821 millones de personas– padecen malnutrición. Otro dato igualmente preocupante es que según datos de la organización *Save the Children*, cada día mueren 8,500 niños por problemas asociados con la desnutrición severa. Y en México, ¿cuántos desaparecidos?, ¿cuántos homicidios



Por un pedazo de pan. Fotografía de Daniela Campos. Flickr.



anuales? Desapariciones y homicidios en las que las víctimas son, en la mayoría de los casos, jóvenes entre los 17 y los 24 años.

Además de lo anterior, ha habido desesperadas llamadas de alerta sobre el cambio climático. Pero tampoco nos conmovimos, no, hasta que –como comentaba una periodista española– las clases medias y las clases altas tomaron conciencia de que también a ellas les podía afectar la pandemia. Pareciera que tendemos a ser insensibles ante lo que “no nos toca”, ante lo que queda lejos en la distancia, en lo social o en el tiempo. ¿Mecanismo de defensa, individualismo, incapacidad para prever el futuro, para imaginar otras realidades y para prever las consecuencias de ciertas acciones?

Una vez que nos han pedido reclusión, quienes tenemos el privilegio de contar con un resguardo, hemos razonado que hay muchos que no tienen te-

cho. Y que las viviendas no son iguales: en algunas hay amplitud, holgura; en otras, las más, hay gran estrechez y la convivencia se dificulta, las tensiones son mucho mayores. Este problema con la vivienda nos lleva a analizar la vida en las ciudades. Quienes habitan en zonas rurales, en lugares más o menos aislados, están más seguros, haciendo una vida mucho más normal que entre quienes nos hemos hacinado en las ciudades. Y ¿por qué nos hemos hacinado de esta forma? ¿Por qué lo hemos permitido? ¿Por qué se han abandonado las zonas rurales? ¿Desde cuándo? ¿Quiénes se han beneficiado con esto? ¿Quiénes inventaron estas “unidades habitacionales” en las que vive la mayor parte de la gente de las ciudades del mundo y de las que se ha demostrado que no contribuyen en absoluto a tener una mejor calidad de vida? Y una vez más surge la pregunta: ¿Quiénes han ganado con esto? Aprovechamiento mezquino

Nos encontramos con los sistemas de salud devastados en la mayoría de los países; y México no es la excepción. Hubo un tiempo en el que el trabajador era una persona apreciada. Era otro el concepto, no cabe duda. Pero actualmente los españoles, los italianos, los estadounidenses, los mexicanos coinciden en que sus sistemas de salud están deshechos.

Ilustración de Fusion Medical Animation. *Unsplash*.

del espacio, zonas verdes mínimas, sólo concreto, sólo paredes.

Surge aquí otra reflexión que tal vez varios hemos compartido: además de tener dónde vivir, hay que comer. Contar con qué hacerlo es el otro problema. ¿Sembrar lo propio? ¿Tener cierta autosuficiencia? Es justamente lo que logran quienes se dedican a la agricultura familiar, esa que ha sido tan menospreciada, pero que alimenta a 80% de la población mundial.

Damos un paso más allá y nos encontramos con los sistemas de salud devastados en la mayoría de los países; y México no es la excepción. Hubo un tiempo en el que el trabajador era una persona apreciada. Era otro el concepto, no cabe duda. Pero actualmente los españoles, los italianos, los estadounidenses, los mexicanos coinciden en que sus sistemas de salud están deshechos. Las prioridades del neoliberalismo son otras. Como comentaba hace unos años un notable

economista español exiliado en México, la economía pasó de ser una ciencia social encaminada a lograr el bienestar de las personas, a ser la ciencia del dinero.

Se ha acumulado el dinero en unas cuantas manos, en muy pocas, pues apenas el uno por ciento de la población mundial posee una cantidad que el resto no reúne, aunque curiosamente entre todos hemos contribuido de una u otra manera a que esa minoría haya acaparado tal riqueza. Dejar atrás a los Estados fuertes, dejar el control de la economía en manos del capital privado. Complicidad de los gobiernos con el capital, abandono de lo básico: la alimentación, la salud, la educación; en suma, lo esencial. La mayoría de la gente trabaja, paga impuestos, hipoteca sus vidas para comprar bienes, pero no tiene lo más indispensable, carece de lo necesario para atender las enfermedades.

Ha habido otras señales, imposible ignorarlas o dejar de pensar en ellas: el coronavirus puso un alto,

tuvimos que confinarnos en nuestros hogares, se restringieron los viajes en avión, en automóvil, se detuvo la actividad en las industrias y el planeta ha empezado a dar señales de recuperación; todo esto después de que durante 2019 y desde mucho antes, se nos había advertido una y otra vez que de seguir por el camino que llevamos la humanidad se pone en peligro, no la Tierra –que ya hemos visto que puede recuperarse–, sino nosotros. Pero no hicimos caso. Hoy, los cielos limpios de Wuhan y de otras muchas ciudades evidencian lo que ocurre cuando la actividad se detiene: en tan sólo unos meses se ha reducido en treinta por ciento el dióxido de carbono (CO₂) provocado por la actividad humana.

Varias de las recientes epidemias han surgido, por cierto, de los animales de los que nos alimentamos: cerdos (influenza porcina A-H1N1), aves (gripe aviar), y ahora el COVID-19, que se propagó tal vez desde un lugar de venta de animales destinados a la alimentación. ¿Cómo los están criando? Basta ver las granjas de cerdos en la península de Yucatán, o las granjas de pollos en Perote, Veracruz, para saber de qué manera lo hacen. Muchas de estas granjas pertenecen a empresas transnacionales. Animales hacinados (ellos también) produciendo artificialmente día y noche (en el caso de las gallinas) en condiciones tales que requieren de vacunas y de antibióticos para sobrevivir. Y desde luego está el problema que generan sus desechos.

El ganado es otro tema que debemos mencionar; suele alimentarse con productos industrializados que utilizan, por ejemplo, el maíz como forraje. Este maíz se produce en condiciones de sobreexplotación de la tierra, a base de fertilizantes químicos porque la tierra ya está exangüe, de herbicidas que nos envenenan y envenenan a los insectos polinizadores; además el ganado que es herbívoro se ha convertido a la fuerza en consumidor de cereales con los consiguientes trastornos de su salud que obligan a administrarle antibióticos y otros medicamentos.

La agricultura industrial, junto con la producción de alimentos industrializados, ha provocado una epidemia de obesidad, de diabetes y un aumento de casos de cáncer. He aquí otro gran tema. Entre los factores de mayor vulnerabilidad ante el coronavirus están justamente la diabetes, la obesidad, ciertas enfermedades crónico-degenerativas, y la vejez –aunque obviamente no es la vejez en sí misma, sino la vejez asociada a éstas y a otras condiciones de mala salud. En México la muerte por el COVID-19 está alcanzando incluso a personas de entre 40 y 59 años debido a sus malas condiciones de salud. Éste es un caso –el de la proliferación de comida chatarra– en el que los gobiernos y los medios de comunicación masiva, asociados con los empresarios de las grandes corporaciones, han estado envenenando a la humanidad a ciencia y paciencia. Y lo hemos permitido...

Hay además aspectos más personales. El coronavirus nos sacó de nuestras rutinas. Hoy estamos en casa frente a nuestra realidad. A quienes viven solos los pone frente al espejo: aquí estoy yo, ésta es mi vida, soy consecuencia de mis decisiones. ¿Me gusta la persona que se refleja en el espejo? ¿Estoy en paz conmigo? ¿Podré convivir conmigo estos cuarenta o más días? Cuarenta; número muy simbólico asociado al cambio, a la transformación. A los que viven en familia, la reclusión los obliga a estar frente a frente, sin tregua. ¿Se conocen? ¿Se aman? ¿Se odian? El hogar, que debe ser refugio, ¿es un infierno o es un remanso? Finalmente, ¿cómo saldremos todos de este retiro, rotos o fortalecidos?

Es evidente que estamos ante una situación límite, de ésas que ponen a las personas en crisis. Hoy la crisis es compartida por millones. ¿En qué desembocará? Muchos opinan que los problemas sociales serán tantos que los gobiernos reprimirán con la fuerza las inconformidades que surjan. Se dice también que, ante este sentimiento de vulnerabilidad, aceptaremos mansamente el control del Estado, llegando incluso a

En México la muerte por el COVID-19 está alcanzando incluso a personas de entre 40 y 59 años debido a sus malas condiciones de salud. Éste es un caso –el de la proliferación de comida chatarra– en el que los gobiernos y los medios de comunicación masiva, asociados con los empresarios de las grandes corporaciones, han estado envenenando a la humanidad a ciencia y paciencia. Y lo hemos permitido...

la pérdida de nuestros derechos individuales. ¿Podría ser el coronavirus el pretexto perfecto para que el toque de queda se convierta en algo habitual?

Se dice, asimismo, que el capital buscará las formas de recrearse, que ya no habrá más guerras contra países, sino “guerras” contra virus como éste que hoy nos aqueja. Y, sí, es curioso: “combatiremos el virus”, “resistiremos”, “no nos vencerá”, etcétera, son expresiones que han sido frecuentes en estos días. Y ante esta nueva modalidad de guerra, habrá nuevas mercancías: vacunas, medicamentos, análisis clínicos, equipos de protección; pero finalmente consumo. Y la medicina será usada como elemento de control. También se advierte que tendremos que defender nuestro derecho a utilizar libremente las redes sociales, porque estaría presente la tentación del control gubernamental sobre ellas, y se menciona el uso de programas como el Zoom para tenernos en casa, asumiendo costos que deberían pagar las empresas o las instituciones.

Sí, es posible que pasemos por tiempos oscuros, es posible que en cuanto volvamos a la “normalidad” todo esto quede en el recuerdo, es posible que la crisis económica y la crisis laboral sean tan fuertes que estaremos sólo dedicados a tratar de sobrevivir, y que aceptaremos las peores condiciones de trabajo con tal de tener unos pesos para llevar a casa.

Sin hacer de lado todo ese escenario, quisiera optar por la esperanza. Prefiero pensar que lo que hemos sentido, pensado y compartido tantos desde tantas latitudes no se irá al vacío. Que dejará un sedimento, que ese sedimento se convertirá en nuevas ideas, en organización y en la generación de nuevos caminos, pues los que hasta hoy hemos recorrido evidentemente ya no nos sirven. No les sirven a las mayorías, no le sirven al planeta.

Tal vez yo no lo vea, pero en el tiempo que me queda pondré todo mi empeño para que las cosas cambien, para que haya una revolución en las conciencias; una revolución profunda, no de éstas que aparentan un cambio para que luego todo sea igual, pero con distintos actores. Para ello se requiere valentía para romper paradigmas, humildad en vez de arrogancia, reconexión con la naturaleza, con nosotros mismos y con nuestros semejantes; en suma, hacer comunidad. Razonamiento, sí, pero también profunda espiritualidad. Y es a eso, a la espiritualidad que trasciende las religiones y que apela a la esencia humana, a lo que esta crisis parece habernos convocado.

San Jerónimo Aculco Lídice, abril de 2020. 

Razonamiento, sí, pero también profunda espiritualidad. Y es a eso, a la espiritualidad que trasciende las religiones y que apela a la esencia humana, a lo que esta crisis parece habernos convocado.



Fotografía de Ryoji Iwata. *Unsplash*.